

ANTONIO ORTUÑO CASAS  
ADRIÁN ORTUÑO GÜENDELL

# PALO Y ASTILLA

SAVIA EN EL ESPACIO Y EL TIEMPO



UNIVERSO  
*de* LETRAS 

---

---

«El tiempo permanece lo suficiente para quienes lo usan».

*Leonardo da Vinci*

---

---

*Hablaré yo primero, en primera persona, quiero decir en este caso escribiré, porque no tengo nada que esconder, nada. No me tengo que parapetar en otro cuando puedo y debo valerme por y para mí mismo; soy lo suficientemente mayor, tengo uso de razón, experiencia, porque me da la gana, la real o la otra. Así me pueden culpar, señalar, criticar... con más facilidad desde el principio o, por el contrario, igual con ello consigo más adeptos o apoyos por estar de acuerdo con mis observaciones, incluidos los prejuicios, y que voy a tratar de desmenuzar con palabras, que es la manera —escritas repito en este caso— de expresarme.*

*Descubierta la presentación, se ve que desde el principio soy claro en lo que quiero conseguir con..., no sé en realidad cómo llamarlo por el momento, tal vez secuencia de relatos; algo será o, al menos, ese es el objetivo de cuya introducción quisiera desde ya ir terminando de escribir. Ciertamente, es corta, he conseguido que así sea, y no sé si se han enterado o tienen una idea de lo que quiero o pretendo escribir a continuación; al final de todo, si continúan leyendo, pasando estas primeras líneas y logran llegar a la última página, deberían haberlo conseguido.*

*O sea, que los estoy alentando a que se lo lean entero, ¡vaya una declaración de intención, y no de intenciones!, dicho sea de paso.*

*Voy a escribir, aunque a decir verdad ya casi todo está escrito, sobre la vida misma, que parece que la vemos o la hemos adoctrinado con la rutina, tan simple como eso, en casi todos los ámbitos en los que nos movemos en torno a ella. A simple vista debiera ser muy*

---

*fácil relatar, sobre todo lo que hacemos, en lo difícil que se hace — cada vez más— romper ese esquema de repetición en el que caemos, en el día a día. Ahora mismo estoy rompiéndolo, siquiera eso creo, y así me quedo tan pancho.*

-----

*Han pasado varios meses desde que escribí sobre esta proposición, que también es intención; tengo que ponerlo en «gran» pasado para culparme, y mucho, a mí mismo por apenas haber escrito desde entonces. La iniciativa, prematura tal vez, se apagó inmediatamente.*

*No quiero pensar en ninguna respuesta a modo de justificación, excusa o digamos simplemente razón. Alguna ha debido de existir y quizá la remito a esa monotonía misma de la vida a la que me refería antes.*

*Bueno, ya parece haberme calentado, un poco, junto con el lápiz y el papel, a pesar de estar tomando un gran vaso de agua bien fría con limón. Aprovechando ese tejido de contrastes retomo, o empiezo, con alguna verdad, o mentira —por lo de la ficción—, ¡qué más da! Ya me estoy yendo de la situación; reanudemos, retomo el lápiz, otro, y el papel, el mismo, casi un año después; no es por nada, pero ¿por qué he esperado tanto?, vuelvo otra vez al principio, la monotonía. Las medias verdades, o medias mentiras —lo del vaso medio lleno o medio vacío— nos van abriendo el camino en casi todos nuestros actos y, cuando no estamos conformes, lo más fácil, o natural, es justificar hasta lo injustificable.*

*Me encanta ver actuar a la gente, en diferentes situaciones o momentos; en el bar, paseando por la calle... Es el instante perfecto para observar sus reacciones, incluso las más simples, que en cualquier lugar suelen ser espontáneas, movidas por la rutina, y la escasa satisfacción en la mayoría de los casos de la vida que lle-*

---

vamos. Por eso, el disgusto se refleja en los rostros cuando tan solo queremos conversar hasta sobre lo más cotidiano.

*Y si se trata de dar la opinión, que es lo que muy a menudo más nos gusta hacer —aunque no lo digamos—, ahí ya es muy probable que la rabia contenida resalte hasta virtudes, que también las tiene, gesticulando con las manos —con las que hablamos y nos expresamos a menudo— o con la cara de parecer pocos amigos.*

*En unas sociedades probablemente sucede más que en otras, hay que decirlo, y certificarlo para generalizar lo que, por habitual, nos sucede a las llamadas modernas. Por eso, nunca estaremos satisfechos de todos nuestros logros; queremos más en todos los sentidos, importando poco o nada el coste —en general futuro— que ello represente. Para mí, uno de los ejemplos más llamativos es el de los automóviles, uno de los principales causantes de los cambios de nuestra manera de vivir; desde su invención se ha venido transformando el mundo para acomodarnos a ellos: los paisajes, las carreteras, ciudades, calles, hasta en las casas o edificios para guardarlos.*

*Tanto se ha escrito sobre ello, que total, unas pocas líneas más ni se pierde, ni se gana. La contaminación y todos los aspectos que sobre ella recaen, son los vehículos uno de los principales causantes. ¿Cuántos árboles se han cortado para que puentes, autopistas, circunvalaciones... adornen los paisajes y faciliten —aunque es un decir en muchos sitios— la circulación de millones de automovilistas en todo el mundo? Ahora párate un poco, relaciona todos esos temas en torno a la contaminación que tanto parece que nos preocupa, y digo parece porque se ha convertido en algo normal. Eso es lo que interesa a las multinacionales que producen automóviles, a las del petróleo, de la construcción de infraestructuras; al final, a los gobernantes por la cantidad de puestos directos e indirectos de trabajo que generan... no digamos nada sobre los votos.*

*¡Para!, no estás dando ninguna lección de economía general, ni nada por el estilo. ¿Qué tiene que ver toda esta desviación como pre-*

---

*texto para escribir ya una extensa introducción de lo que se pretende solo sea un libro, una historia..., un escrito al final de cuentas, con la contaminación, los árboles, las petroleras...?*

*Sí, tiene que ver, con muchas mentiras, o hasta una solamente: se vende como verdad, como el que la quiere subastar en su propio templo, predicándola como la única, limpia y verdadera, en sus libros sagrados de contabilidad. ¡Cuánto daño se ha hecho a lo largo de la historia!, y se sigue haciendo y solo reaccionamos con la rutina de nuestro disgusto diario, apenas exteriorizándolo con gestos y expresiones de cierta rabia contenida que se diluyen con la monotonía; ¡dichosa monotonía!*

-----

*Sinceramente, creo que es suficiente introducción, aunque no lo parezca; me refero a ser introducción, más bien parece una manera fácil de empezar a criticar, de nuevo; repetir, en principio sin más fundamento, mero, que ese: ir llenando líneas y párrafos, repitiendo lo repetido, ¿para quién? De haber una audiencia apenas escucha, y escapa no solo con la mirada a otra parte; el oído descafeinado y el efecto dominó consiguen el jaque mate ya comprado a precio de saldo por quienes tienen bien enseñada la lección. No importa que salgas con las blancas, o te lances con las negras, y aquí no hay racismo decretado, ni república, monarquía o dictadura instaurada, ni tan siquiera una mezcla de dos, muy instaladas en el carnavalesco disfraz de la siempre escurridiza democracia.*

*Veo que no escapo de la simple opinión, de la crítica fácil, sin más; por algo será que no me animo a buscar otra excusa para poner de una vez la primera, diría la segunda marcha, aunque renqueante —ya que hemos platicado de automóviles— y con ella ir hilvanando mi historia, o mis relatos aderezados con algo simple, pero mágico, que es —o debiera del todo ser— la verdad; y*

---

*no una vez más un conjunto de mentiras disfrazadas de razón, o de verdad adoctrinada.*

*Me asomo por la ventana frente a este día gris, lluvioso, frío, de esta gran ciudad de Oriente Medio, antigua, con Historia convulsa como la que sigue ahora en su entorno. Más próspera en otros tiempos, lejanos, con otros nombres, ruta de grandes rutas, rica en contrastes. En este tiempo, mío, que toca ahora vivir en Amán, es un lugar también de mi destino, uno más, y en el que se me dispara el lápiz sobre el papel, que se deja agujerear mansamente sin romperse. Son tiempo y espacio, unos más, otra vez, en los míos propios.*

*Las calles mojadas, el viento moviendo los árboles y las banderas en las modernas rotondas que vienen instalándose en la ciudad, como en cualquiera ya de todo el mundo, pretendiendo ordenar y facilitar el tráfico de una manera más fluida —no escapo de nuevo de los automóviles—. El sol se esconde tras grises nubes que siguen avisando que seguramente habrá más lluvia. Es un día para seguir en la habitación del hotel; todavía no tengo casa y los días trascurren sin más, casi como un autómata del hotel a la oficina, que no queda lejos, permitiendo un fácil paseo y la posibilidad de volver por un rato durante el parón del almuerzo.*

*Mirando a veces por la ventana me quedo, como tantas otras en tantos sitios, medio perdido en mis pensamientos, muchos banales, de cosas triviales, aunque bastantes de mundos abstractos, cuando no ideales. Ideales en los que premia y triunfa, aunque no sin dificultad, una fantasía real, combatiendo la hipocresía, la injusticia, la sinrazón.*

*A veces consigo ser el Robin Hood, pero es don Quijote el que con sus andanzas me despierta de mi sueño despierto, y buyo en el último momento del fuego de la hoguera inquisitoria que un tribunal de monjes agarrados a un Kalashnikov acababa de ordenar encender. Siempre escapo en el instante final, será por eso que sin heridas ni quemaduras vuelvo a caer más tarde, en otro episodio,*



---

*en la cama antes del rutinario otro sueño, masticando delicadamente mi dulce preferido, caminando sin más por cualquier calle o parque el sitio o el tiempo no tienen fronteras.*

*Sin esos capítulos no sería yo; mi historia se remonta atrás, se llena de... verdades en sueños mirando a través de ventanas bien abiertas, haga frío o un insoportable calor, llueva torrencialmente y el viento agite fuertemente las cortinas hasta casi romperlas; se nutre también de las mentiras cotidianas en las que me muevo como todos en una pelea vorágine e imparable, queriendo sobrevivir al sonido de la campana para tratar de escapar en el último suspiro.*

*Unos finos rayos se han filtrado entre las nubes y entran por la ventana, bien abierta; la luz se hace más omnipresente ahora y parece que se respira de otra manera, se ve todo algo diferente. Es como una llamada, otra más, invitando a abrirse no solo a uno mismo, también a la magia que ese instante trae consigo: estamos vivos, podemos hacer más, mucho, y no seguir engañándonos — igualmente a nosotros mismos— con la fácil excusa de lo difícil, lo imposible.*

*Poco han durado esos rayos de sol; ahora han dado de nuevo paso a la lluvia que vuelve a caer sobre la ciudad; quizá fue solamente eso, un aviso instantáneo de otro cambio.*

*Duró poco, ciertamente, pero lo suficiente para arrancar de mi pensamiento, una vez más, la magia de los momentos, la sabiduría encarnada en mensajes, esta vez en forma de rayos solares inyectando energía para empezar a poner, tal vez, ya la tercera. Aunque igual es demasiado pronto todavía para tan solo pensarlo.*

*El tiempo es oro, pasa rápido, no se para aunque lo creamos, tal vez en nuestra mente. En el espacio en el que corre nos sumergimos inexorablemente a su ritmo. Hoy es hoy y ya no lo será mañana, pero si queremos retroceder nos topamos con la realidad, en cada día, en cada respiro con la brizna de aire entrando y saliendo constantemente.*

---

*La marcha atrás es la indicada y con ella conquistar el pasado, ese que se nos pasó inadvertidamente en cada bocanada. Al principio no quiere entrar, pero por fin lo hace tras un chirrido que parece hacerme saltar del asiento, el que ahora caliente en mi oficina.*

-----

*Pero, por supuesto no estoy solo, aunque lo pudiera parecer por lo que hasta ahora he desempolvado. En ese automóvil transitando por mi historia, a lo largo de mi vida, hay algunas plazas reservadas y durante el recorrido por la dilatada ruta los pasajeros, pocos, han venido llenando el tiempo haciendo más fluida la savia de ese árbol en el que como palo y astilla, en forma de tronco y rama son uno, refuerzan con su espontaneidad un dualismo de estilos diferentes enfrentándose a un solo enemigo: la mentira disfrazada de realidad para tratar de engatusar al ya rendido espectador.*

*Ese pasajero ha utilizado su pequeña maleta de viaje para llenar su retina de libertad, como lo es cuando la quiere compartir.*

*Juntos venimos recorriendo gran parte de una larga ruta, en la que la savia circulando también en otras ramas viene a llenar sus corazones a fuerza de latidos para que sus raíces queden siempre bien agarradas al suelo. Desde ellas el árbol crece bien alto en busca de la luz que alumbra cada día, y ahí arriba se puede ver todo quizá de otro color, de diferente perspectiva, a la velocidad que quieras, pero, sobre todo, tratando de que no sea solo para ti.*

---

# Ruidos

Desde la ventana de la habitación observo la noche sobre la ciudad. Se mantiene despierta con los constantes destellos de la luz de los faros de los automóviles, la de las farolas y los respaldos que surgen de los edificios y dibujan, con líneas casi rectas, un trazado absolutamente impersonal.

Los pocos tesoros de la Historia que la vieron nacer languidecen entre robustos edificios, largas calles y avenidas asfaltadas, ganadas para la circulación de las máquinas rodantes, y donde los árboles, también en filas, sobreviven como pueden a sus incesantes humos.

Es la ciudad del asfalto, el cemento y el plástico, donde todo se quiere ordenar a golpe de luces de tres colores y repetidas señales con números o leyendas, esparciendo en cada rincón coloridas tapias y enormes vallas, invitando a la compra y consumo compulsivos de cualquier cosa en tiendas y restaurantes con marcas y nombres en lengua extranjera.

Esta es mi ciudad, y no la única, que se jacta de ser un lugar idóneo para vivir; pero no nací aquí, tuve que venir arrastrado por la enfermedad de la modernidad, que arrasaba como una epidemia entre los desterrados de la periferia anclados en el pasado. ¡Maldito virus que nunca cesa!

¿Y ahora qué? ¿Salgo a divertirme? Suele ser lo que se hace a estas horas en la ciudad. Si decido quedarme en casa me dicen que pierdo el tiempo, que no sé vivir la vida. En la calle, pletórica de atractivos, la noche me llama.

---

Entonces, obedezco, para no dejar pasar la oportunidad que me vuelve a brindar la ciudad, y a la que el tiempo ayuda con una suave brisa de aire fresco que aplaca, al menos de momento, el bochorno producido por la contaminación.

Parece un idílico paisaje citadino, en el que vivos colores artificiales adornando a diestro y siniestro te atrapan como una droga, logrando que arrincones por un rato tus miedos y fantasmas y, de ese modo, sentirte libre.

Deben estar en el sitio de costumbre, los de siempre, a la espera de que vayamos llegando poco a poco. No hay cita previa y puede entrar quien quiera. Últimamente no he aparecido mucho y deben estar criticándome por ello; seguro que esta noche saldrá el tema y tratarán de meterse conmigo, he de estar preparado y afilar las uñas.

Comienza a dolerme la cabeza por el ruido del tráfico. Me gusta caminar y las otras veces que he hecho este trayecto he pensado que a la próxima iría en taxi, pero puede más la necesidad de hacer algo de ejercicio, aunque sea solo andar, si bien ya no me acuerdo de la vez anterior que lo hice. Ya he olvidado mis salidas al campo y las carreras por el parque al que solía ir.

Me entretengo mientras tanto observando a la gente caminar rápido con bolsas de las compras en las manos, salir de bares y restaurantes alzando la voz, no sé si producto del efecto etílico o para así escucharse mejor. El ruido ya forma parte de la ciudad, el de los motores y las bocinas de los vehículos, el de las máquinas perforadoras que no paran de trabajar todo el día para ir acicalándola con un nuevo asfalto que poner en la calle, otro viaducto que levantar, aceras, más estrechas, que pavimentar, un edificio alto que construir tras haber barrido sin contemplaciones varias casas viejas abandonadas.

La ciudad en un constante vaivén a la conquista del futuro, y donde sus pobladores se baten por no perder ese tren.

---

Voy llegando y, de repente, algo me va diciendo que tampoco es día hoy para reunirme con el grupo. No veo excusa para no hacerlo como en otras ocasiones, en las que normalmente el cansancio o demás obligaciones me habían impedido acudir.

Finalmente me paro, miro alrededor, extrañamente apenas hay ruido, y la luz en la calle, que es estrecha, es diferente; no hay tampoco edificios, solo pequeñas casas con gente sentada en sillas charlando amigablemente en sus portales. Unos niños pasan corriendo a mi lado, parece que están jugando a ver quién llega el primero; me hace recordar cuando lo hacía con mis amigos del colegio.

Estoy frente a unos frondosos árboles donde escucho el «cricrí» de los grillos. El dolor de cabeza me ha desaparecido por completo, qué medicina tan maravillosa son los sonidos —y no el ruido— del lugar.

No parece magia, o de serlo es que debo de seguir todavía soñando durante la larga siesta que estaba haciendo en la tarde antes de optar por salir. Creía haber despertado, pero debo seguir durmiendo.

Me dejo llevar por mis pies que alcanzan un local en una esquina de la calle. Me paro ahora enfrente, y por los cristales de una de las ventanas miro hacia dentro. Está algo concurrido por algunos grupos de personas que conversan amigablemente, produciendo un incesante pero apacible murmullo —que no es en absoluto ruido— alrededor de una mesa en la que no falta el vino y algunas viandas.

La escena me es muy familiar, como la mayoría de hombres y mujeres que iba reconociendo. Ahí estaba ella, sí, es ella, la chica que me gustaba, y le declaré mi amor cuando aún éramos niños. Apenas ha cambiado, no he olvidado nunca su cara, y a su lado alguien de espaldas a mí que por su aspecto debía de ser una persona mayor.

---

Titubeo para entrar, una parte de mí quiere hacerlo, la otra intenta de nuevo despertar de lo que parece un sueño, si lo es, para volver a la realidad. «¿Y si todo esto fuera real?», me pregunto intentando acabar con la duda cuando ella mira hacia la ventana y le insta al hombre que tiene a su lado que haga lo mismo.

Despierto en medio del murmullo sentado frente a ella, que sonriendo dice que me gire y mire a la ventana.

*Jordania. Enero 2021*

---

Oigo el mar, pero se esconde de mí.  
En esta isla lo que percibo no existe,  
y mi campo de visión me desorienta.  
Oigo el mar y la luna mueve su marea,  
el ir y venir de las olas me recuerda mi era de libertad,  
mi piel se erizaba en ese primer choque frontal contra las olas.  
En otros tiempos habría dormido en la arena,  
arropado bajo la brisa del mar,  
ante un sinfín de estrellas y galaxias.  
Habría despertado con aquellos primeros rayos del sol,  
alumbrando aquel bucólico paraje,  
pintando todo de naranja tropical.  
Y aquellas barcas de madera habrían zarpado,  
provenientes de destinos lejanos,  
buscando a aquel primer hombre  
que evadió la realidad.

*Mozambique. Abril 2020*

---

# Memoria

Sigo el confinamiento en mi célula acristalada esperando las reacciones a una nueva vacuna. Me he convertido en una perfecta y dócil cobaya, necesito ganar algo de dinero tras varios meses sin encontrar trabajo como abogado criminalista, quién lo diría en estos tiempos de violencia y depresión, a pesar de hablar perfectamente tres idiomas y contar con dos másteres de especialización en universidades extranjeras de renombre.

Fuera, la ciudad está arrasada por un terrible coronavirus, del que se sabe que ya atacaba hace unas décadas, pero en otra versión, y que se logró aplacar tras la muerte de millares de personas en todo el mundo. En esta ocasión, la propagación es mucho mayor y, aunque apenas lleva unas semanas esparciéndose a su gusto, los gobiernos están totalmente desconcertados al haberles pillado completamente por sorpresa.

Al menos, aquí dentro no llevo mascarilla ni guantes y paso los días leyendo libros de aquella época, en los que se cuenta que el mundo llegó a cambiar, pero que fue por poco tiempo porque pronto se olvidaron de lo que había sucedido.

*Jordania. Abril 2020*



---

«Tú,  
sí, tú».

Aquí no se pierde el tiempo en formalidades. Bajo la sombra del cocotero aprecio el ir y venir de la ciudad. Duermo, noto cambios, lucho por la notoriedad. El negocio no es duro; con poco trabajo físico, vendo los frutos de la tierra.

Mírala llegar. Es Afrodita; con sus labios carmesís me ha pedido un coco. Y con mi machete le muestro mis habilidades.

«Son cinco dorados para ti, rubia.

Una pajita para que no te manches esos labios».

Qué tranquilidad bajo el árbol, la brisa es fresca y amarga con sabor a mar.

Ya Afrodita me ha dejado, desapareciendo su carroza en la distancia.

Pero él sigue allí, frente a mí y con cuaderno en mano, me observa con ojos ajenos.

Su mente está en movimiento, con cada nueva letra que escribe, parece llegarle una nueva idea.

«Tú,  
sí, tú».

Soy tu protagonista.

Tu humilde vendedor de cocos.

El arquetipo de la pereza.

El tercer mundo en persona.

Yo le vendo cocos a rubias en carrozas,

---

y a intelectuales como tú.  
Qué fácil es verlo todo con ojos ajenos,  
juzgar mi comportamiento,  
atribuirlo a mi bolsillo.

Tú ahí,  
si quieres escribir de mí,  
debes comprar un coco.

Subo al cocotero, mi destreza habla por sí sola. Esos grandes músculos que sobresalen de mis mangas me llevan a la cima. Desde aquí veo el mar, la espuma de las olas que pintan el horizonte. Los cocoteros que danzan sigilosamente con el viento. Y en este trance, pierdo el equilibrio y caigo. Siento el vértigo instantáneo, la brisa en mi cuello, la libertad de mis pies descalzos en el aire.

Y despierto. Otra carroza ha parado y una rubia me tira cinco dorados.

Bajo la sombra del cocotero, mi vida se enraíza al árbol.

*Mozambique. Abril 2020*

---

# Cooperante

Me he escapado esta tarde de la oficina, no faltaba mucho tiempo para la hora «oficial» de salida, y lo escribo entre comillas porque normalmente en la que ahora estoy hablar de un horario fijo es como pedir que nieve en el desierto, aunque es cierto que en alguno sucede.

Quería simplemente dejar de un lado los papeles, el teclado del ordenador, las tazas de café a medio tomar acumulándose en la mesa; quería tener un rato con el ruido y el humo de los coches viejos inundando la ciudad. Aquí hay vida, quizá parecida a la del lugar de donde vengo, aunque con gente hablando una lengua diferente, paseando con otras preocupaciones que la de este sitio ya empieza a compartir también, cuando hasta hace bien poco ni se les hubiese pasado por la cabeza que iba a ser así.

Igual debiera ir a la consulta de un especialista, está de moda; las hay de muchos tipos, pero prefiero no pensar en eso y ser como siempre, crítico conmigo mismo y en lo que se pueda con el resto. Sobre el resto hay mucho que cortar y contar y, en el campo en el que me desenvuelvo, habría para no terminar, para nunca acabar, pero imagino que como en otras esferas y ámbitos de trabajo y de la vida en general.

Ya me cansa, y parece que no haya fin, el discurso fácil, ya sea en informes a todo color encabezados con insignes logos fruto o no de repetidas, periódicas y resonantes conferencias, congresos, jornadas y todo tipo de eventos en los que especialistas y no especialistas se cruzan hablando, y escribiendo, lo ya dicho incon-

---

tables veces antes, y que nunca acabe, porque es un filón, y, al parecer, también interminable.

Pero de qué estoy hablando, el café me sabe a gloria, no es como el de la oficina que menos a café sabe a todo, incluyendo rayos. En este sitio perdido del mundo, donde me hallo y, a veces, me encuentro, lo cultivan y la mejor producción se va fuera con las multinacionales del sector, ¡cómo si fuera el café lo único! En este salón de café, en una renovada casa colonial, es de su propio cultivo y unos pocos aún lo podemos pagar, los de siempre, expatriados y una pequeña población nacional que busca en parte ser como nosotros, y no tienen la culpa y no los voy a criticar, tienen todo el derecho como la virtud que todos en este mundo debieran tener.

El paseo lo reconforto con este delicioso café, mirando la clientela que se engancha al móvil como el que no puede vivir sin él; ¡vaya jodido invento!, si mi abuela levantara la cabeza nos etiquetaría de locos, lo mínimo eso. Y si ella intentara entender qué es lo que hago yo por estos lares, como en los anteriores, diría, probablemente, que estoy igual de loco, y de remate. Para rematar me siento a veces, como ahora, que he tenido que salir de la oficina y olvidarme por un instante de lo burócrata que he venido convirtiéndome —y no hay que achacárselo a los años— en mi trabajo. Parece mentira que trabaje para ayudar a otros, y que para un poco de ayuda haya que hacer tanto papeleo y control; ¿qué será entonces de la ayuda de verdad?, la que necesita gran parte de la humanidad.

Mi granito de arena es insignificante, pero a mí me ha dado prácticamente todo, me ha ayudado mucho a ser lo que soy, porque el como soy ya lo era antes de empezar; pero ha llegado el momento de protestar, y no es tarde, nunca lo es mientras se pueda. Ando muy metido en mi rutina y, tal vez, en parte por ello, no me doy mucha cuenta de lo que se viene cociendo. Antes debí ser bastante ingenuo, me creía y arriesgaba, no con las camisas arremangadas porque suelo llevar camisetas —todo